

---

---

C O N F E S I Ó N   Ú L T I M A  
D E   M A R Í A   A N T O N I E T A

ANTES de iniciar el capítulo de mis extravíos, permítame, señor —qué digo, eclesiástico—, un ligero preámbulo, tan necesario como interesante. Me ofrecen su auxilio para expiar menos dolorosamente los crímenes que haya podido cometer: ¿formáis sin duda alguna parte de los buenos republicanos? ¿Y tal título os procura gloria?

Ante su afirmativa respuesta, proseguí.

En toda época, su culto enseñó a los mortales que la confesión era un consuelo para los humanos que huían despavoridos de este mundo para

ir a establecerse eternamente en el otro. Quizá sea así; pero le ruego que observe que no voy a hacer mi confesión en absoluto con vistas a tal consuelo; sino sólo por convencer al pueblo francés de que no se ha equivocado en nada actuando así con sus tiranos, en el modo en que lo hizo: es una confesión que le debo a su heroico valor.

No me pidáis profesión de fe, en lo relativo a mi religión.

*“Si hubiese estado cerca del Ganges, esclava de los falsos dioses*

*Cristiana en París, criminal en todo lugar.”<sup>50</sup>*

A través de estos versos retocados, juzgad de mis principios. Ninguna religión dominó mi co-

<sup>50</sup> Versión levemente transformada de unos versos de la tragedia *Zaïre* de Voltaire. “J’eusse été près du Gange esclave des faux dieux / Chrétienne dans Paris, musulmane en ces lieux. » “*Si hubiese estado cerca del Ganges, esclava de los falsos dioses / Cristiana en París, musulmana en este lugar.*” (*Zaïre*,

razón; la bellaquería sola puede hallar acceso a él. Fui protestante con Necker,<sup>51</sup> judía con Daniel Isaac,<sup>52</sup> católica con Loménie.<sup>53</sup> El primero financiaba, después de nuestras conferencias; el segundo fomentó el déficit, y el tercero me ahorró los disgustos que anteceden, ordinariamente, a la comunión pascual, para gentes de nuestra especie, no sólo absolviéndome sin escucharme las villanías pasadas, sino también sobre las futuras.

I, i.)

- <sup>51</sup> Se refiere a Jacques Necker (1732-1804), protestante ginebrino y banquero que ostentó el cargo de Ministro del Tesoro Real y de la Finanzas en los años anteriores a la Revolución. Tras los acontecimientos, se retiró en 1790 a sus propiedades del lago Léman.
- <sup>52</sup> Daniel Isaac Eaton (1753-1814), reformista británico que tuvo mucha influencia intelectual durante la Revolución Francesa.
- <sup>53</sup> Loménie de Brienne, Étienne-Charles-Louis (1727-1794), eclesiástico y lector de la reina, que acabó ocupando el cargo de Ministro Principal y Jefe del Consejo de Finanzas. En 1789 pasó a Italia donde Pío VII lo nombró cardenal. De vuelta a Francia, fue detenido y liberado, y muchos sostienen que se suicidó tras su liberación.

¡El muy bellaco, aún se consideraba afortunado! Sólo él era el penitente, y para cometer un sacrilegio me bendecía arrodillado ante mí...

Yo no llegaré a tanto, me contestó el filósofo católico encargado de recabar mis postreros detalles; no debéis siquiera arrodillaros a mis pies; sólo el Eterno tiene derecho a vuestro homenaje, así que ya podéis empezar.

Un momento, os lo ruego, señor, un mero instante, y entro en materia. Ante todo debo preveniros: No espere de mí acto alguno de contrición, pues de ello soy incapaz.

Jamás entró en el alma de María Antonieta el arrepentimiento, a menos de que no fuese el de no haberme continuamente obligado a seguir el feroz impulso de un corazón formado para la barbarie.

No le entretendré hablándole de mis primeros años, marcados por el libertinaje más horroroso; anunciaron lo que sería en una edad más avanzada, al salir del vientre de mi madre. En cierto

modo fui moldeada por las manos de la rabia, y aquellas que se ocuparon de mi educación no perdieron sus cuidados, se complacieron en formar a un monstruo y lo lograron, no lo ignoráis, dado que toda la Tierra está al corriente.

La naturaleza me dotó de un temperamento activo, y el libertinaje lo desarrolló. La ocasión que busqué lo puso en práctica, y di en infectar al territorio francés de todos los vicios que, con ocasión de mi reino, estuvieron de moda en la corte y en la ciudad.

Había recibido muy buenas lecciones sobre el modo en que debía comportarme con el pueblo francés. Es confiado, bueno y fácil de extraviar, me repetía María Teresa: haced que os bendiga en los primeros años de vuestro reino; jamás se atreverá luego a maldeciros.

La primera parte de la profecía se realizó, pero la segunda ha quedado bien desmentida; todo me lo prueba, y si obtuve algunas bendiciones en mi viaje de Viena a Versalles, no dudo que reci-

biré infinitamente más maldiciones en la tumba abierta que tengo ante mí.

En la primera ojeada que eché a mi difunto, reconocí de inmediato al ser al que debería manejar y gobernar según mi fantasía, y la tarea no me pareció desagradable. Deseé para él el alma de Calígula, el corazón de Nerón, las entrañas de Vespasiano. Gracias a mi genio, a fuerza de sacudidas, conseguí formar a un parricida, y eso era justamente lo que yo deseaba.

En todas las ceremonias públicas, siempre me ha hecho sonreír la llaneza y bondad del pueblo. Nada más placentero, en efecto, que el ver a toda una multitud inclinada ante un carro llevando a un ídolo cuyo despotismo hacía los gastos a expensas de los desgraciados que pagaban los violines. Entonces gritaban: ¡Viva Antonieta!, y ahora dirán: ¡Muera Antonieta la execrable!

*Justa retribución en este mundo  
De nadie hubo queja, de mí no la habrá.*

Sin embargo, media una tremenda metamorfosis entre una carreta y una carroza destinada a pavonear la pompa real: remito a la representación de la carroza de mi coronación.

Vuelvo a mi confesión: es odiosa, lo reconozco, para unos oídos republicanos, pero me sacrifico en aras de la verdad, y prosigo.

Llegada a la Corte de Francia, todos saben cómo me comporté: seduje a unos, corrompí a otros; y nada se me escapó, salvo el sentir popular; y ése es el que hubiese debido conservar, ya que entre mis manos se hallaba.

Me entregué a todos los excesos; y sólo Dios sabe, y también vos, señor, cuán peligrosas y desastrosas fueron las consecuencias. Todo estaba a mi disposición; abusé de ello, entré en todos los detalles, y nada quedó a salvo de mi rapacidad.

No os contaré mis proezas libertinas; sois el único que podría ignorarlas; hombres y mujeres,

todo me servía, sin reparar en los derechos que la naturaleza prescribe. Cambié su disposición, y entregué a los siglos venideros un ejemplo memorable de lubricidad, lujuria y obscenidad.

Corrompida, seducida, extraviada, presa de todos los excesos, familiarizada con todos los crímenes, hice todo el recorrido con un inconcebible atrevimiento; sin pudor alguno, el deseo desenfrenado de mis sentidos no tuvo ya límite alguno. Me convertí en adúltera y en madre, y sólo aspiraba a ver a mis hijos en la pubertad para poder ser yo misma su institutriz, y hacerles compartir mis detestables extravíos.

Silenciaré todos los horrores que precedieron a la Revolución Francesa, de los que soy su artífice principal. La Tierra entera fue testigo de mis furores criminales, pero no pude consumir mis execrables maldades. Sólo la sangre de los franceses podía satisfacer la rabia que me poseía; tenía una sed ardiente de ella, y la cantidad que mis satélites hicieron que corriera, sólo la calmó en par-

te. Dicha sed subsiste aún hoy en día, y sólo con mi muerte se saciará, ¡juzgad ahora si soy digna de los favores celestes! Así, por tanto, entrego mi alma impura al diablo.

Paso ahora, señor, al momento que dio paso a la fatalidad de mi situación actual, y que contemplaba como debiendo ser, por el contrario, el objetivo hacia el que tendían mis más caros deseos; fue mi fuga a Varennes.<sup>54</sup> Sobradamente veía cumplirse mis proyectos de venganza y de odio. ¡Ah, señor, qué deliciosa satisfacción para mí, a la cabeza de las tropas imperiales, húngaras, austriacas, el poder causar masacres y muertes, carnicerías e incendios! Semejante a Nerón, mi alma modelada sobre la suya, habría sentido todos los encantos de tal espectáculo embriagador. París reducido a cenizas y el suelo sembrado de cadáveres expirando, niños degollados en el seno

<sup>54</sup> Población donde fue detenido el cortejo real cuando huía del territorio nacional el 21 de junio de 1791. Ver también la nota 27.

de sus madres habrían contemplado mis tranquilas miradas. Habría saboreado sus delicias; pero, ¡oh, fatídico vuelco de los aconteceres! ¡Cuántas humillaciones me hizo vivir la catástrofe de dicho viaje! No tenía más recurso que el de la hipocresía. Para reparar tal acontecimiento enojoso hice uso de ella, y la esperanza entró en mi corazón cuando vi cómo el pueblo francés parecía olvidar este funesto viaje y volvía a morder el anzuelo.

Bailly me sirvió del mejor modo posible; La Fayette engañaba a todo ese pueblo entrando secretamente en mi plan de conducta; pero Péthion superó a estos dos apóstoles de mi venganza. Ese tartufo y bribón veía cómo el pueblo lo adoraba e idolatraba. Los sombreros llevaban pintarrajeados los elogios de este insigne bellaco, y su *écharpe* era objeto de las adoraciones parisienses en la medida en que antes lo habían sido la grupa del corcel y las botas del comandante de la Guardia Nacional de París.

Por fin llegó el día 10 de agosto. ¿Sabeis, señor,

la alegría bárbara que me animaba? La esperanza había anidado en mi corazón, y mis ojos se perdían en el futuro, ¡ah, cuánto especulé con su final! Péthion, el querido Péthion, estaba aún en posesión de toda la confianza popular; lo había cargado con todo lo que pudiera acelerar la ruina de los franceses.

Mis ojos se deleitaban con avidez de la agradable escena que debía producirse en la plaza del Carroussel; estaba lo bastante meditada como para que yo no temiera el acontecimiento.

Mis fieles cuchilleros, travestidos en guardias suizos, alentaban a los verdaderos suizos; no escatimé ni oro ni caricias. Mis cañones dispuestos a hacer fuego debían barrer al pueblo, cuyo arrojó no preví; pero al igual que le ocurrió a los espartanos y a los atenienses, mi fuego se fue en humo, y tuve la mortificación de ver fracasar mi empresa. Debo confesar, con todo, que refugiada en el seno de la Asamblea Nacional, el terrible ruido de la artillería, muy capaz de affligir a cual-

quier alma sensible, regocijaba a la mía; cada bala lanzada era un presagio para mí de la destrucción del pueblo, pero ¡oh, colmo de la desgracia!, era una derrota de mis agentes.

Encerrada luego en el Convento de los Feuillants, a partir de ese momento, me creí perdida. Sin embargo, no me encontré totalmente abatida; yo no sé qué demonio me inspiraba todavía; así cuando subí en el coche que debía transportarme al Temple, conservé una atrevida contención, gracias a la presencia de Manuel <sup>55</sup>, al que, aunque me sirvió bien, detestaba por no ser acreedor de una fisonomía favorecedora. ¿Sin duda lo sabéis como yo, señor, verdad? Hay figuras de esas de réprobos que a nadie pueden agradar, ni siquiera a los bellacos que les dan trabajo.

Bueno, heme aquí ahora en el Temple, ¡y en un torreón! ¡Oh, Dioses, qué caída para una reina que hubiera querido tener el Universo a sus

<sup>55</sup> Pierre Louis Manuel (1751-1793) Polígrafo y político cercano a la familia real, encargado de vigilar la prisión del Temple.

pies,<sup>56</sup> como decía tontamente el marqués ese de Bièvre!<sup>57</sup>

La constitución *cavita* se halló entonces *a quia*, así como yo misma y mi familia.

Una detención de tal naturaleza ofrecía un campo amplio para mis reflexiones, pero no hubo tales. Mi rabia no estaba en absoluto agotada; pero al no poderla saciar, y como no me quedaba más que el placer, me entregué a él por completo.

Ahora me conoceréis, señor, más enteramente. Espero, claro está, las comparaciones. La lubricidad de Mesalina,<sup>58</sup> la de las Rodope<sup>59</sup> y Friné<sup>60</sup> no superaron la mía en el torreón donde me confinaron.

Pero lo que le costará creer al universo, será que escogí en el seno de mi propia familia los objetos

<sup>56</sup> Léase el Uni-verde [uni(forme) verde; en francés suenan igual “univers” y “uni-vert”], como este tonto juego de palabras lo explica. [N. del A.]

<sup>57</sup> François-Georges Maréchal, marqués de Bièvre. (1747-1789), escritor célebre por sus juegos de palabras.

<sup>58</sup> Esposa del Emperado Claudio (siglo I), famosa por su libertad sexual.

de mi lujuria. Sólo los tenía a ellos, así que bien tuve que utilizarlos.

Los oficiales republicanos eran recalcitrantes en demasía, pues de no ser así los habría utilizado. Mi guardia está vigilada con cuidado, si no la habría seducido, y habría intentado matar dos pájaros de un tiro. Pero al estarme ese medio vetado, me limité a mi pesar a mi cuñada, a mi hija y a mi hijo pequeño. En cuanto a mi marido, un ser por completo totalmente inútil, lo dejé presa de sus penas, y pensando en los medios que usaría para escapar de aquí.

Élisabeth Capeto fue la primera a la que adocriné; le enseñé lo que sería deseable que todo el planeta ignorase para así salvaguardar las buenas costumbres. Y cuando estuvo por completo aleccionada le insté a que hiciera salir del estado de inocencia a Teresa Capeto. Sin duda lo logró, los

<sup>59</sup> Rodope fue una cortesana de Tracia, antigua esclava de Esopo.

caminos estaban expeditos, y os lo digo en confianza, si sus días se prolongan, abrigo la dulce esperanza de que jamás habrá hija que se parezca más a su madre, si Dios así lo quisiera podría yo morir dichosa.

Me quedaba por formar mi hijo pequeño, y lo convertí en víctima de mis horribles diversiones; lo hice precoz, y paulatinamente le fui haciendo salir de los límites de la sabiduría infantil, le di las primeras nociones de un placer natural tomado a su edad, con la esperanza de que se sentiría agotado antes del término prescrito por la naturaleza.

Élisabeth me secundó y, sin que se notase, logramos acostumbrarlo a este ejercicio horrible, que indigna a la razón y que hizo perecer a tantos jóvenes desdichados, aun en casas educadas confiadas a la administración de sacerdotes y curas seculares.

¿Os causa espanto, señor? ¿Acaso la indignación se muestra en vuestro rostro? Vos, que de ordinario recogéis las confesiones de las conciencias mancilladas por el crimen, jamás escuchasteis,

estoy convencida de ello, el relato de semejantes desmanes; pero al menos me cabrá la gloria de ser por una vez sincera en mi vida, algo de lo que nunca habré de arrepentirme.

Mi traslado a la Conciergerie interrumpió el curso de estos actos inmorales, para mi gran pesar. No cabe esperar gozo delicioso alguno durante mi estancia en este lugar, donde los partidarios del crimen, confundidos, sólo tienen ante sí la muerte o la ignominia.

Altos y robustos gendarmes le habrían brindado a mi sensualidad algunas dulzuras, ¡pero este cuerpo es ahora incorruptible, por desgracia! Sólo pude vislumbrarlos con mi mirada, ¡qué triste situación para una mujer de mi catadura!

Sentada en el temible asiento del que rara vez alguien baja sin expirar en la plaza de la Revolución, paseo por aquí y por allá mis miradas sobre un pueblo que me había adorado. ¡Oh, sublime efecto de la Revolución! Ya no es una multitud de idólatras lo que contemplo, sino una muche-

dumbre de ciudadanos justos que se toma su venganza y que espera mi suplicio, como una reparación de los males que le hice padecer.

Recibiré el golpe con este aplomo altivo que jamás perdí. Mi único lamento, al dejar este mundo, habrá sido el de no haber causado todo el daño que ambicioné cometer.

Dispensadme de bendiciones, sólo le corresponden a aquel que siente remordimientos; y os lo repito, mi alma es incapaz de eso. *Tranquila en el crimen*, todavía gozo con el mero recuerdo de mis atrocidades pasadas; y si estuviera libre y liberada de las infames ataduras que me sujetan; sí, si disfrutara de mi esplendor, sólo lo utilizaría para consumir la destrucción del pueblo.

Vamos allá, ahora mi corazón está aliviado, poco me importa que mi confesión se haga pública; al menos el universo entero repetirá:

«MURIÓ COMO VIVIÓ».

